

Lo que la niña no pudo decir

SALOMÉ VILLAMIL

(TERCER LUGAR – EDUCACIÓN MEDIA)¹

¿Cómo se le explica a una niña que a veces el dinero no alcanza para el mercado, que levantarse a las 5 de la mañana para ir a trabajar cansa y que la vida mata?

Aunque no entendía del todo la situación, recordaba que desde hacía unos meses me venían explicando que mi papá viajaría a otro país llamado Chile, que no lo vería en mucho tiempo, pero estaríamos en contacto. No se me hacía malo; él pasaba más tiempo conmigo y mi perro, salíamos en patines a pasear y comprábamos avena por la calle #14, ponía música en las mañanas y me llevaba al colegio. Después tuve que despedirme de Glaxtron; lo dejamos con una familia que tenía una gran finca y un hermano perruno. En mi corazón sabía que ese era el primer pedazo de mi vida que se quedaba atrás.

Tenía 7 años cuando estaba en el aeropuerto, veía los grandes aviones despegar y a mis padres abrazados.

—Te amo, mi niña, siempre estaré al pendiente de ti —me dijo mientras me sostenía entre sus brazos.

La despedida fue extrañamente dolorosa, solo hasta el último minuto mi cuerpo lo supo primero. No era mi cerebro el que entendía el adiós, era mi estómago que se apretaba como un puño, mis manos que se aferraban a su camisa, mis pulmones que se negaban a respirar para que no se fuera. Las lágrimas salieron solas; tal vez si lo sostenía lo suficientemente fuerte se quedaría, tal vez si lo soltaba no volvería a verlo. No sabía que “adiós” podía significar un tiempo tan largo.



¹ Instituto Superior de Comercio Eduardo Frei Montalva. Tercero Medio.

Pasaban los días, semanas y meses; desayunar era más solitario. Pasé de ser llevada por mi papá al colegio a una buseta que me recogía a mí y a otros niños. Éramos mi mamá y yo, una niña no abandonada, pero sin la presencia de su papá. En una casa donde mi tita me hacía la comida, me ayudaba a alistarme para ir al colegio y siempre me aconsejaba y estaba al pendiente de mí. Ella me decía:

—Mi niña, tus papás te quieren mucho, no seas tan dura y habla con tu papá, él quiere escucharte —mientras yo la abrazaba.

Cuando en las noches mi mamá llegaba de trabajar, mi papá llamaba para saber de nosotras y, sobre todo, de mí. Pero al escucharlo la garganta se me hacía un nudo y no podía decir más allá de un “Me fue bien hoy, papi”. En las tardes, cuando regresaba, jugaba pley con mis tíos e íbamos a la tienda por mecate.

—No le digas a tu mami que te dimos dulces tan tarde —me decía mi tío.

A la edad de 9 años migré a Chile; por suerte y por desgracia, a esa edad ya sabiendo que era colombiana. Tenía miedo, no sabía qué era de mi padre desde hacía 2 años, tampoco sabía mucho de Chile; para mí solo era un país más en la clase de historia. No sabía si el colegio sería igual o si la gente me entendería, o que el metro paraba solo en cada estación. Tampoco quería dejar de ver a mis amigos, mis profesores y a mi tita.

Empaqué lo que era necesario y cupiera en una maleta; muchas cosas se quedaron en Colombia: juguetes, ropa, amigos, familia, comidas, historias por contar y lugares por visitar. Llegar fue fácil; difícil era aceptar que me mudaría de casa, de calle, de ciudad e

incluso de país. A los 9 años no es algo que imaginas hacer. A pesar de eso no quería ser una preocupación más. Yo no quería viajar; despedirme esta vez era diferente, yo era la que me iba y no otra persona. Ellos seguirían allí con sus vidas y yo empezaría en otro lugar —corrijo: en otro país— desde cero.

¿Qué se dice cuando ves a alguien después de mucho tiempo?

No lloré, esta vez las lágrimas no salieron. Solo me sentía traicionada o desolada, si es que una niña de nueve años se puede sentir así. Pero solo sonréi y me despedí; le prometí a mi tita que le contaría qué tal era Chile y el colegio. Viajar en avión fue emocionante y aburrido; por un momento se sintió surreal, estar encima del mar y las nubes. Pasé esa noche y la anterior sin poder dormir. La mente es traicionera justo en el peor momento; solo podía pensar, se me cruzaba todo lo que no volvería a hacer: no volvería a hablarle a mi tita en la cocina mientras ella cocinaba, no iría a la tienda con mis tíos a comprar dulces y mecate y, sobre todo, no estaría con mi mamá en las noches en su cuarto contándole qué tal había sido mi día en el colegio. Esa era mi nueva normalidad y nuevamente se iba, nuevamente me la arrebataban sin siquiera tomarme en cuenta.

Chile es un hermoso país; tiene una belleza diferente, más seca, más metálica, con edificios altos, con una gran cordillera que lo rodea como un muro de piedra gigante. Me sentía pequeña entre tanta calle recta y tanta prisa. Quería volver a las faldas interminables con árboles y flores en cada esquina y un olor a tierra mojada después de que llovía. Seguía sin querer aceptar estar aquí, pero era peor querer escapar que

intentar solo avanzar. No podía pretender adaptarme en unos días; oscurecía más tarde, el aire se sentía más pesado, la gente hablaba de forma diferente y la comida sabía a tierra. Lo más duro fue ir al colegio y estar en clases que antes amaba. Matemáticas era diferente, una clase lenta con métodos que no sabía usar. Algunos compañeros, también extranjeros, me decían afortunada ya que la profesora era comprensiva con esto, e incluso ella aprendió de mí. Pero en otras materias, como historia, era totalmente ajena; no sabía nada sobre el país ni su fauna, mucho menos cómo se dividía y qué climas tenía. El profesor solo recalcaaba cómo todo era diferente y que tendría que aprenderlo por mi cuenta porque era mi problema.

Empezó a pasar el tiempo, invierno tras invierno, y solo quedaba mi acento. Colombia se volvió un recuerdo: lo que hacía, lo que comía, las caras de mis familiares envejecieron. Ya era más fácil ubicarme en Santiago entre calles rectas y planas que recordar subir faldas interminables. Se volvieron más pequeñas, los edificios menos altos, mi familia más unida. Lo que sé de Colombia es un fragmento pasmado en el tiempo que para mí no siguió, pero que para otras personas es una vida que sigue en movimiento. Lo difícil de ser extranjero es que una vez que sales de tu país eres extranjero hasta en tu propia casa.

**Imágenes de este archivo: “Composición”, de Sara Malvar y naturaleza muerta, de Oscar Trepte.*

